

LA VUELTA DE LOS DÍAS



REFLEXIONES EN TORNO A EL PASADO DE UNA ILUSIÓN

IKRAM ANTAKI



En su libro *Vida y destino*, Vasili Grossman enfrenta, en un diálogo terrible, al oficial nazi que dirigía el campo de concentración con su prisionero, el responsable comunista. Todo parece oponerlos. ¿Es así realmente? El alemán dice a su presa: "Cuando nos vemos, nos miramos en un espejo. El mundo, para ustedes como para nosotros, es voluntad. Nada los hará vacilar." Ningún escrúpulo. Ningún dolor.

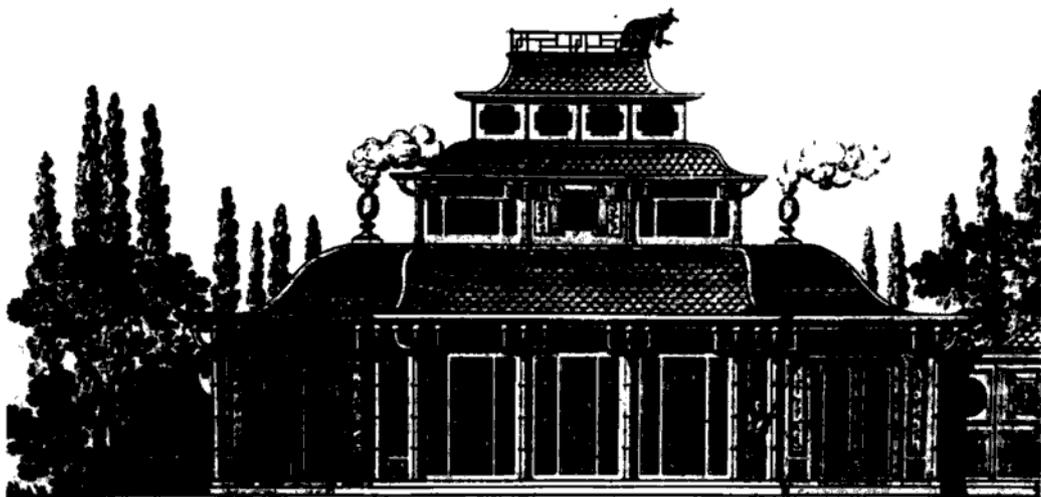
Por los años 50, en la época en que los comunistas sirios acostumbraban llamar "del parlamentarismo burgués", en su país de origen, Siria, Maxime Rodinson cuenta que había sido invitado a asistir a una manifestación del partido comunista local, desde el balcón de su secretario general, Khaled Bagdach. Era una prueba de fuerza y los simpatizantes del partido llenaron la calle principal de Damasco desde una puerta de la ciudad hasta la puerta opuesta. En aquella época del "parlamentarismo burgués", aún se podían hacer esas cosas. Admirado, Rodinson dijo: "C'est beau de voir ça." Y Bagdach le respondió: "¡Non! C'est beau de faire ça". Ahí estaba ya presente esa temible voluntad que considera a los hombres como objetos, y que odia su humanidad hecha de desorden, así

como detesta lo incontrolable que hay en ellos. A esta humanidad, habrá que doblegarla frente a la voluntad: del plan quinquenal, del Hombre Nuevo y de las "mañanas que cantan...".

Esta es la historia que cuenta François Furet en un libro voluminoso sobre la idea y la acción comunistas, a lo largo de este siglo infeliz. Para algunos, la obra es un documento. Para otros, ha sido la historia de sus —nuestras— vidas: desde la generosidad más grande, el sueño de un mundo a la vez más justo y más libre, la rebeldía frente a una realidad inaceptable..., hasta el sacrificio, para muchos, de la propia vida. Era "una causa que valía la pena". ¿O es difícil comprender que uno no da su vida para consumir más, ser más rico, tener más objetos, pero puede darla por unas grandes ideas que parecían posibles? Furet dice que mira su paso por el Partido Comunista Francés sin ira, pero la mayor de las iras se justifica frente a lo que hicieron algunos hombres de aparato, en la URSS y fuera de ella, con las generaciones más nobles que se haya tenido la posibilidad de manejar, en la historia de esto que se llama política. Y es que la humillación era parte del compromiso. Uno debía dar constantemente las pruebas de

su disposición a dejarse destruir por sus propios compañeros, en nombre de la lealtad. El Gulag estaba inscrito en la lógica del Partido, aún antes de que éste accediera al poder. De ese siniestro recuerdo, François Furet trata de salvar la idea de revolución "en lo que tiene de más noble". Me cuesta trabajo ver la nobleza de ese "rodar hacia atrás" (*revolver*) contenido en la etimología misma del término. No siento hacia el conservadurismo que parece oponerse esta repulsión que muchos rescatados de la historia comunista siguen sintiendo todavía. No hemos evolucionado mucho desde que caímos del árbol. Debemos *conservar* el poco pulimento que hemos logrado tener. Hay que *conservar* la brida de educación que las generaciones anteriores lograron hacer pasar a las actuales; hay que conservar los logros de la cultura —edificios, pinturas, música, libros, pensamientos— que penosamente se han ido acumulando en medio de la constante barbarie que es el recuento de nuestro recorrido humano. Hay que conservar la poca fineza que se nos ha ido sumando y que hace que no se pegue a las mujeres, no se abuse de los niños, no se mienta, no se robe, no se mate, porque todo eso "no se hace". Y aquello que "no se hace" no necesita de argumentos... No se hace porque han quedado claras reglas básicas del bien y del mal. No es la moral burguesa sino la civilización humana la que merece ser conservada como la pupila de los ojos.

François Furet tiene razón cuando dice que el marxismo no ayuda en nada a comprender los fe-



Vista del Pabellón Chino del Desierto de Retz

nómenos esenciales de este siglo: ni Stalin, ni Hitler, ni Gorbachov... son explicables en términos marxistas. El papel del individuo en la historia, completamente relegado en provecho de las "condiciones objetivas", debe ser recuperado para el mejor entendimiento de los hechos. Pero François Furet no tiene razón cuando afirma que lo que queda de Marx, lo que es salvable, es su visión profética (lo dijo en la presentación de su libro, en el auditorio del Fondo de Cultura Económica el 6 de octubre pasado). De Marx quedará su trabajo como historiador y su análisis del capitalismo. Es y no es responsable de los usos y abusos que se hicieron de él, con su obra y en su nombre. No lo es, por supuesto, directamente: la historia comunista empieza con él, pero se desarrolla después de su muerte. Pero todo hombre que piensa y escribe carga con la amarga responsabilidad de lo que se hace con sus ideas y sus escritos. El llamado a la violencia estaba allí, en las páginas del Manifiesto Comunista, como estaba en el llamado a hacer del pasado *tabula rasa*. El

desprecio por la historia real de los hombres reales, con su bien y su mal, sus pocos logros y sus infinitos errores, sus sufrimientos inacabables, sus muchas mediocridades y sus raras grandezas, está en este deseo de hacer una historia constantemente grande, perfecta, con hombres irreales nuevos hasta el horror. Tanto en el oficial nazi como en el dirigente comunista de Grossman está el odio por el hombre real, la vida real, el mundo como es. No quiero decir que la realidad del mundo sea amable. No lo es. Pero la compasión debe ser el complemento de la lucidez, no el odio. Aquel que odia la realidad del mundo puede ser llevado a acabar con él. Como en Auschwitz. Como en el Gulag.

Entre el comunismo y el fascismo no hay oposición. Ambos cargan con un romanticismo que los vuelve seductores. Son variaciones de un mismo fenómeno totalitario y, a la vez, uno y otro tienen un componente revolucionario que se vuelve esencial, mítico y religioso. Al observar los fenómenos de este fin de siglo, comprendemos me-

jor el paso de uno a otro, de los ex-militantes comunistas desorientados por la caída de su "ilusión", a las huestes de los partidos fascistas como el Frente Nacional en Francia.

Pero me hubiera gustado que François Furet analizara con más detenimiento aquello que Sloterdijk vio de manera luminosa: no sólo la idea comunista, sino el Partido mismo, se vuelve un sustituto del espíritu de la horda. El Partido ofrece a las masas desarraigadas una compensación imaginaria, ofrece a los individuos atomizados un medio de identificación. Para miles de comunistas (para miles de fascistas también), las ideas —Marx, Feuerbach, Lenin, Trosky— eran lo que menos importaba. El Partido les hacía participar en algo más antiguo y real, la horda, el grupo original y natural. El hombre no entra en la horda como quien entra en un club. La horda es un club totalitario, que socializa a sus miembros según reglas que dan su significado al mundo. La horda se amalgama a sus miembros a través del lenguaje y de la vigilancia. En este sentido, el Partido

fue una institución psicosocial esférica y total.

Algunas de las culturas primitivas impondrán a sus miembros el destierro como una suerte de pena de muerte virtual. El partido-horda repetía el ritual con las expulsiones. Así se confirmaba la vuelta al orden más antiguo, a la copertenencia. El Partido era la recreación anti-natural de una historia natural. Tal vez aquí esté la respuesta al enigma de la Revolución de Octubre de 1917: ¿por qué el comunismo se dio en el lugar más alejado del capitalismo avanzado, donde debía darse, según la profecía marxiana? Porque el capitalismo es la incubación del individuo al cual se da una formación insular. Así se volvió difícil la existencia de la horda, salvo en los estratos más bajos, en las periferias del elitismo de clase. Pero la horda primordial podía triunfar allí donde el individualismo, es decir: el fomento artesanal del hombre por otros hombres, aún no había aparecido. Quiero decir: el comunismo está hecho —naturalmente hecho— para

crecer y florecer en los países subdesarrollados, a pesar de ser una receta para curar del capitalismo a los países altamente desarrollados.

El comunismo creó un Imperio. Alguna vez tendremos que revisar con serenidad nuestra repulsión frente al Imperio. No fue lo peor que hemos inventado. El Imperio era un conglomerado de mega-hordas (las naciones). Poco le importaba la identidad: se contentaba con un mínimo de fidelidad. Pero el siglo XX ha agregado a esta formación que fue, en muchos aspectos, provechosa para la tolerancia, el particularismo del totalitarismo: el comunismo no ha creado un Imperio normal, sino un Imperio totalitario. Tengo la leve sospecha de que ahí estaba el germen de su muerte. El Imperio totalitario ha pedido demasiado a este ser de pequeñas hordas que era y es el *homo sapiens*. Le quitaba con su mano imperial lo que le daba con su mano de partido. El verdadero milagro comunista está en el hecho de que haya durado tanto. 

tal de Bosnia, Sarajevo, y un autor croata, refugiado en Francia. Empecé la lectura de los artículos con entusiasmo: el conflicto en la ex Yugoslavia ha sido tan complejo, prolongado y feroz que merece la atención cuidadosa de todos.

La apostilla que acompaña la presentación de los artículos apagó parte de mi entusiasmo inicial. Niega de un plumazo los artículos publicados en periódicos como *La Jornada*, *Reforma* o *Proceso* y los programas de radio y televisión que han intentado explicar la guerra en la ex Yugoslavia en los meses recientes. Muchos de ellos han sido ricos en información y pocas veces han estado "teñidos por una visión ideológica". Su "escasez" ha sido asimismo relativa. Yo misma publiqué en un mes —entre mediados de julio y agosto— tres artículos en el periódico *Reforma* sobre diversos aspectos de la guerra en Bosnia.

El contenido general de los artículos convirtió lo que quedaba de mi entusiasmo en decepción: no llenan uno solo de los vacíos informativos que padecemos en relación a la guerra en Bosnia. Ninguno explica qué ha sucedido y por qué. Contienen, en cambio, numerosas generalizaciones tendenciosas y, peor aún, falsas. La primera es el título mismo del artículo de Predrag Matvejevic: "Sarajevo supera a Leningrado". Es indudable que el largo sitio de Sarajevo por los serbios bosnios ha destruido parte de la ciudad y a miles de sus habitantes y que es ya más prolongado que el de la gran ciudad del Báltico. Sin embargo, el sufrimiento de Sarajevo no puede compararse con el terrible acoso de Leningrado por los nazis al inicio de la ofensiva de Hitler sobre la URSS. Cuando las tropas soviéticas rompieron finalmente el cerco nazi, Leningrado estaba en ruinas. Habían desaparecido 840 fábricas —75% de la planta industrial de la ciudad—, 44 kilómetros del sistema de agua potable, más de tres mil edificios de apartamentos y 187 construcciones,

BOSNIA NO ES AUSCHWITZ, NI SARAJEVO LENINGRADO

ISABEL TURRENT



Le agradecemos a Isabel Turrent que nos haya enviado las siguientes páginas, en que expone su desacuerdo con los artículos sobre Bosnia publicados en el número anterior. Pero sus reparos a la nota de presentación de los artículos no se sostienen. En primer lugar, la nota se refería expresamente a lo publicado en la prensa escrita, no a lo difundido por otros medios. En segunda, los artículos de opinión a que se refiere Isabel Turrent son eso: artículos de opinión, y no suplen el vacío de las páginas informativas sino parcial

mente. Por último: para confirmar que la visión ideológica que lamentábamos tiene esa información, basta con ver el modo en que La Jornada (el diario más leído por nuestra clase ilustrada) vio la entrada de Estados Unidos en Bosnia como un acto de imperialismo: un punto de vista que recuerda los tiempos de la Guerra Fría.

El último número de *Vuelta* (octubre 1995), anuncia en la portada tres artículos escritos por dos habitantes de la capi-

de los 300 maravillosos monumentos clasificados como históricos, habían sido dañados o destruidos por los bombardeos nazis. Pero lo más terrible fue el número de gente que pereció durante el asedio alemán. Un millón y medio de personas murieron en el sitio: los liberadores de Leningrado encontraron tan sólo a 639 000 fantasmas, una cuarta parte de la población total de la ciudad antes del ataque nazi.

En Leningrado murió más gente de la que haya perecido en cualquier acción militar, en cualquier ciudad y en cualquier momento de la historia: diez veces más que las víctimas de Hiroshima y una proporción mucho mayor que las pérdidas humanas que ha sufrido Sarajevo.

Sarajevo no ha sido Leningrado gracias a dos factores fundamentales. En primer término, porque la intencionalidad de los sitiadores tiene poco en común. Hitler ordenó a sus tropas borrar a Leningrado de la faz de la tierra —y estuvo a punto de conseguirlo—. Karadzic, el líder de los serbios bosnios, busca desplazar, no por fuerza a través de la eliminación física, a los musulmanes y croatas que habitan Sarajevo y tomar la ciudad. No ha podido hacerlo, por un segundo elemento, que merece tan sólo epítetos peyorativos y en parte falsos, de los autores publicados por *Vuelta*: la intervención de organismos como Naciones Unidas.

Es verdad que la intervención occidental ha sido insuficiente, confusa y tardía. Pero es igualmente cierto que la ayuda alimentaria y el emplazamiento de los cascos azules alrededor de Sarajevo, han impedido que el destino de la ciudad se asemeje a la hecatombe de Leningrado.

Hay muchos otros errores en los artículos: la guerra en Bosnia no es un conflicto "étnico", Rusia no intenta recuperar el papel de la anterior Unión Soviética", etc., etc.

Pero una afirmación rebasa con mucho la categoría de los errores y las erratas: es una distorsión histó-

rica y moral muy grave. Casi al final de su artículo, Enver Redzic intenta describir la tragedia Bosnia a través de una comparación imposible e indignante. Cito: "los crímenes de Milosevic y Karadzic han sobrepasado en crueldad todo lo alcanzado por la xenofobia hitleriana: Auschwitz, Buchenwald, Dachau no dejan de ser instituciones 'civilizadas' en comparación con la crueldad del genocidio cometido por los... serbios en Bosnia". No contento con esto, concluye el autor: "Los mataderos humanos en Omarska, Keraterm y Manjaca son pavorosos incluso comparados con las cámaras nazis de gases", una forma de matar que para Redzic es más aceptable por su naturaleza "mecánica", "industrial" y racionalizada.

La "limpieza étnica" que los serbios aplicaron a la población musulmana de Bosnia ha sido, sin duda, un genocidio: Karadzic intentó eliminar a través del desplazamiento, el asesinato, la tortura y la destrucción selectiva, a la población musulmana que vivía en gran parte del territorio de Bosnia Herzegovina y a la rica y centenaria cultura islámica en todas sus formas. Sin embargo, no se propuso jamás exterminar a TODOS los musulmanes por el simple hecho de serlo. Los musulmanes bosnios nunca estuvieron totalmente inermes frente a los serbios. Tuvieron desde 1992 un ejército para defenderse: en un principio mal armado e inferior al serbio, pero capaz de enfrentarlo. Por último, la intervención de Naciones Unidas, sus tropas y observadores de la integridad del polaco Mazowiecki, evitaron que los campos de concentración serbios se convirtieran en una institución prevalente en el territorio bosnio y alcanzaran los niveles de efectividad de los campos nazis.

En cuatro años de guerra, en la ex Yugoslavia han muerto, entre civiles y soldados, 200 000 personas. En cinco años, los nazis exterminaron a más de 6 millones de judíos

—y en mucho menor proporción numérica, a gitanos, polacos y prisioneros de guerra de otras nacionalidades—, incluyendo un millón de niños. Hitler se propuso matar a todos los judíos por el simple hecho de serlo y los perseguidos no contaron jamás con ningún medio de defensa y, menos aún, con el apoyo de la comunidad internacional. Muchos, aunque no los suficientes, han levantado la voz para detener la masacre de los musulmanes en Bosnia. Si las negociaciones que se escenifican ahora triunfan, la población islámica habrá resguardado parte de su cultura y su futuro como nación.

Las víctimas de los nazis no tuvieron esta suerte. Prácticamente nadie hizo nada para evitar el holocausto de los judíos durante la Segunda Guerra. Cuando los soldados soviéticos y norteamericanos descubrieron horrorizados lo sucedido, Hitler había logrado su cometido: junto con los millones de judíos asesinados, murió la rica cultura yiddish y el modo de vida que los judíos de Europa central y del Este cultivaron por centurias.

La diferencia de grado entre el genocidio de los musulmanes bosnios y el holocausto perpetrado por los nazis es tan abismal, que impide cualquier analogía. Pretender que Auschwitz palidece frente a Bosnia es una perversión histórica inaceptable. Responde paradójicamente a los mismos mecanismos que han alimentado el odio en los Balcanes. Es el mismo argumento de Milosevic y Karadzic. Forma parte del nihilismo histórico serbio, del complejo de víctimas universales de croatas y serbios; del abuso de la historia que ha llevado a ambos a negar toda responsabilidad en los ciclos de atrocidades que han escenificado en el siglo XX; de la propaganda que sustenta los sueños imperiales de Milosevic en Belgrado y de Tudjman en Zagreb; de la rueda de prejuicios que puede desembocar, en el futuro, en un nuevo estallido del polvorín balcánico. ❧

HACE CINCUENTA AÑOS

PEDRO SALINAS



Hace cincuenta años apareció el número de noviembre (6, Vol. XXIV, año IV, 1945) de los Cuadernos Americanos que dirigen en México Jesús Silva Herzog y Juan Larrea. En él se publica la primera parte de "La gran cabeza de turco o la minoría literaria", largo ensayo de Pedro Salinas más tarde recogido en sus Ensayos completos (II), que hoy recordamos parcialmente. Salinas alumbra la "eterna cuestión del arte de minoría", en respuesta a *Opinions of Olliver Allston*, un libro "nacionalista-mayoritario" del crítico norteamericano Van Wick Brooks, en el que opone a la literatura de "minorías" lo que él llama "literatura primaria". Seleccione a continuación algunos momentos de la primera parte de ese ensayo de bizarra vigencia, cincuentario y recién nacido. El mes que viene, en esta misma sección, haremos lo propio con la segunda.

GUILLERMO SHERIDAN

Sé donde me meto, en la boca del lobo; del lobo de los idólatras, de los fanáticos, de las mayorías, esto es, en la boca de la mayoría. Presumo algo de lo que me espera, porque salir hoy a campo abierto en defensa de las minorías es casi empresa de Manchego. El arriscado que la inicie acepta de antemano toda clase de maltratos; descalabradas, vapuleos, acaso puñaladas y quien sabe si pena de horca, con el subsiguiente descuartizamiento. O lo que es peor de todo: ser calificado, sin más ni más, de fachista.

Los cargos hechos a los escritores de minoría no varían mucho, desde hace más de un siglo. Bouvier los enumera: 1. Sus obras van en contra de una sana tradición nacional. 2. Son inmorales. 3. Son oscuras, bárbaras, ininteligibles. 4. Lo que sus autores quieren es llamar la atención con sus excentricidades. Brooks agrega a estas acusaciones la más necia de todas: carecen del sentido de su época.

La literatura de minoría significa, para los defensores de la literatura primaria "el impulso a la muerte". Sus cultivadores carecen del sentido de su época. Empezando por Edgar Allan Poe, se han segregado voluntariamente de los intereses comunes de la humanidad. Han renunciado a la vida. Su única preocupación estriba en ser buenos escritores. Pero ¿qué valen como seres humanos? Claro, no pueden faltar los dos cargos favoritos en estos fiscales: son mistagogos, oscuros, difíciles de entender, y además no corresponden a las voces del pueblo.

Dicen que un gran escritor es un grande hombre que escribe. Pero ¿qué sucede cuando el grande hombre escribe, sí, pero escribe mal? Yo creo, modestamente, que la magnitud de un grande hombre sólo se hace perceptible, literariamente, a través de la grandeza del escritor, esto es, escribiendo muy bien.

La faena del poeta es hacer comunicable a otros la experiencia de vida que constituye el poema. Ni piensa en docenas ni se imagina millones. El poema es una soledad; abierta sí a todos en cuanto que es comunicable y convivible, pero cerrada en su origen, pues es la intuición inicial de un hombre solo, y su resultado son las palabras inalterables, la forma única, distinta de todo lo demás, que toma para vivir. Su peculiaridad consiste en su hallarse en esa zona fronteriza entre insobornable soledad e inmensa compañía, entre el individuo que sintió a solas en el seno de su alma la voz del ángel, y el poeta que la convierte en una realidad participable a un número indefinido de gentes.

Esa manía muy moderna de escribir para toda la especie humana de nuestros días se trasluce en la abundancia de obras de tipo cíclico, a modo de murales novelescos. Delatan por su hipertrofia, por su hinchazón espacial no requerida por el tema a víctimas de ese titanismo que no se contenta con menos lectores que los del mundo entero.

El poeta está entre la espada y la pared porque se halla entre las obligaciones que le obligan con los demás y una libertad que, a su vez, consiste en las obligaciones que tiene consigo mismo, con su poema que quiere ser, y para ello ha de oponerse, en parte, a la norma común.

La oscuridad del poeta puede derivar de su especial misión con respecto al lenguaje y mirarse como un deber que le incumbe en este mundo: reconstruir el alma de la lengua. Y a la larga de esa reconstrucción disfrutarán todos.

Someterse enteramente a la norma común, aceptar la repetición imitativa como forma expresiva preferible, tiene gran ventaja: ser entendido fácilmente por todos; y una sola cosa, no decir nada nuevo, no ser. Entre-garse a un lenguaje tan distinto, por personal, que se desligue de todas las ordenaciones que sujetan una lengua y dé al traste con los modos indispensables de su estructura comunicante, es aceptar la incomunicación, el no ser tampoco... En buena moral, el poeta no puede escoger: su deber, si quiere ser poeta, consiste en hacer uso de este don que los filólogos le atribuyen de poseer como nadie el secreto del lenguaje. Uso libérrimo, arriesgándolo todo, según el dictado de su propio sentir. ¿Disentir? ¿Consentir? ¿Quién sabe! Pero el dissentimiento de lo común, más que un derecho del poeta, es su primer deber.

BUZÓN DE FANTASMAS

UNA CARTA

VICENTE ALEIXANDRE



La correspondencia inédita de Vicente Aleixandre es vasta y aún espera editores (y corresponsales) que se atrevan a publicar lo más valioso. Hay algún ejemplo, como el de José Luis Cano que en 1986 publicó su correspondencia con el poeta.

Esta carta está dirigida a Emilio Niveiro (1919-1993), amigo suyo desde 1936 hasta la muerte de Aleixandre. Niveiro tuvo algunas veleidades literarias, pero pronto se dedicó, sobre todo, a los negocios (agricultura, cerámica), sin embargo ejerció un cierto periodismo, en ABC, hasta sus últimos días. En esta carta sorprendemos a Aleixandre recién finalizada la guerra civil e, imagino, algo asustado por su

El poeta siente latir conjuntas en su alma una naturaleza de mayoría y una de minoría. En virtud de esta última se arroga justamente los privilegios necesarios para escribir como necesite; pero por obra de la primera, lo que se escribió así, al amparo de los privilegios, se olvida luego de toda condición de privilegiada y se entrega a los hombres todos.

No vale decir que la minoría es un pedestal de cartón-piedra que un escritor se erige para encaramarse encima y deslumbrar al papanatas. La minoría es un estado psicológico natural del artista, una obediencia a su ley. El escritor de minoría está donde debe estar, colocado allí no por resolución caprichosa o tesonera, sino por derecho de nacimiento. 

servadora de Castilla la Vieja ante la República; en cuanto al resto de los títulos, hablan por sí solos. Pero no debemos ser injustos: Aleixandre tuvo muchísimos gestos democráticos y valientes a lo largo de la dictadura franquista. Pero este es un tema que debe estudiarse en un contexto mayor. Ahora, para el "Buzón de fantasmas" de Vuelta, sólo quiero exhumar esta carta que forma parte de la correspondencia inédita de Aleixandre con Emilio Niveiro. En cuanto al don Pedro, creo que se trata de Pedro Sáinz Rodríguez, monárquico y ministro por esas fechas de Educación Nacional. Cayetano es, probablemente, Cayetano Aparicio, un poeta que murió tempranamente. Eva Seifert, hispanista alemana, fue amiga suya desde los años veinte hasta la muerte de ésta. Hay abundantes testimonios sobre ella tanto en los Cuadernos de Velintonia, de José Luis Cano, como en el Epistolario de Aleixandre con aquél.

JUAN MALPARTIDA

Miraflores 7 de agosto 1939

Año de la Victoria

Querido Emilio: Hace días que pienso escribirte. Te veo con la imaginación sonriente, envuelto en tu magnífico uniforme flamante, correctísimo, como te vi el último día, o como en los anteriores, con tu camisa azul, brazos al aire, pelo revuelto y una palabra pronta y una risa o sonrisa alegre, en medio de nuestras grandes tiradas de conversación. ¡Bravo Emilio! Te echo mucho de menos, aquellas tardes nuestras allá en la terraza, tardes de inspiración en medio de la estupenda atmósfera que creábamos.

¿Qué te haces ahora, Emilio? A lo mejor andas muy atareado, pues creo recordar me dijiste te habían ascendido. ¿Viste al humano de Cossío? Hoy han venido aquí una porción de camisas azules a pasar el día en el Puerto, al sol y al aire de la montaña. Yo he visto las formacio-

situación. Niveiro era entonces un joven apuesto, falangista, y de ahí, en parte, la exaltación fascista de los camisas azules que hace el poeta. El que al referirse a sus lecturas mencione, además del Manolo (Valladolid, 1937) de Francisco de Cossío, la Antología poética del Alzamiento y la Corona de sonetos a José Antonio (ed. Jerarquía, Barcelona, 1939) parece un gesto algo excesivo de halago a Emilio Niveiro. Quizás sea más acertado pensar que, en esos momentos, Aleixandre, que se refiere a los republicanos como "la bestia roja", no fuera el "exiliado interior" que iba a comenzar a ser. Recuérdese que la novela de Cossío refleja la reacción de la clase media con-

nes primero en la misa del pueblo y después en el desfile con cánticos. De pronto me acordé de ti. Iban también algunos de tu edad mandando a otros más jóvenes de las organizaciones. Qué bien hacía el brío y la gracia fuerte, las voces juveniles, la marcha serpenteante por el camino alto, en medio de un sol espléndido, de un aire fresco de sierra clarísima y sobre un paisaje castellano que se dilataba veladoramente. Me acordé también de Cayetano. Me hubiera gustado veros por aquí. ¡Qué aliento de plenitud me oreó la frente, de poesía exaltadora, de magníficas fuerzas vitales en este jubiloso día de verano suave!

Pero no estábais ninguno de los dos. Tú ahí en Madrid seguramente, en el tren o en sitio semejante, o con tu tío, o qué sé yo dónde; él, Cayetano, en Salamanca, a orillas del Tormes, donde me lo figuro entre álamos blancos, escuchando el crujir de la espuma del río, rodeado de invisibles náyades renacentistas, en su soledad de poeta silencioso.

Tú, ¿con quién andas, Emilito? Con dos chicas del bracero te vi la última vez ¿te acuerdas?, en la Carrera de San Jerónimo, cuando desde la acera opuesta me saludaste con tu brazo yendo yo con Dámaso. Para mí había sido un día muy lleno, con comida fuera de casa con Dámaso y una Eva rubia y madura (Eva por el nombre, no por lo tentadora). Quise, en aquel Café soñoliento, que te quedaras con nosotros; la tarde aún era joven y se podían emprender muchas cosas. Pero tú, enfundado, flamante, peinadísimo, ultracorrecto, tenías una cita con Don Pedro y después de una charla ligera y un saludo urbano para Dámaso, te desligaste casi ingrávito en busca de Don Pedro. Al cabo de una hora, el Don Pedro debió de quedar (metafóricamente) como muñeco de guiñol arrugado y tirado en un rincón de su despacho, y tú como Arlequín de guiñol saliste con dos Colombinas del brazo por una Carrera de

San Jerónimo de tablillo, donde yo te vi pasar y casi te aplaudí como si fuera un mutis.

¿Por dónde andas, qué haces, con quién te ves, qué colombinas paseas? Dime también sobre tus trabajos. Me interesa todo lo tuyo. Ayer escribí a Rafael, al que supongo gordo, devorando inimaginables meriendas. También he escrito a Cayetano; qué estupendo si destinaran a su hermano a Madrid y le tuviéramos a él aquí. Le decía yo que el curso próximo estaríamos a lo mejor reunidos tú, Rafael, él y yo, y que sería magnífico.

Ayer tuve carta de Cossío, desde Tudanca. Allá es feliz en medio de sus aldeanos —eso se dice— en su espléndida e intacta biblioteca. La bestia roja le destruyó en cambio la hermosa y antigua capilla de su vieja Casona. Supongo que habrá escrito o hablado de ti a su hermano Paco. ¿Has ido a verle?

Como te he dicho, me paseo por este campo, en paseos cortos, claro, pero lo bastante para sumergir el espíritu en este paisaje que tira del alma hacia lo infinito, y para ceñirme a la tierra, de donde hacía años estaba despegado y lejos. Tú que me conoces bien, sabes lo que

yo necesito este amor a la tierra, que es como sangre mía para mí, vida y totalidad del ser en plenitud casi cantable.

¿Qué más, Emilio? Leo, me acuerdo de los amigos, recupero las perdidas fuerzas. Fernando, mi sobrino, me escribe desde Valencia y me manda recuerdos. Leo el *Manolo* de F. de Cossío, la *Antología poética del Alzamiento*, la *Corona de sonetos a José Antonio*... Pero en otra carta hablaremos de libros. Ahora te toca a ti escribirme. Vuélcate como siempre y como quieras. —¿Se arreglaron ya los asuntos de tu abuelo?— Dime lo que tú quieras —amor, vida, poesía, trabajo, ilusiones... Pon lo que quieras. Como yo digo siempre: la imaginación manda. Tú sabes la alegría que siempre, en todo tiempo, me da recibir tu voz, alegre o seria, como salga del corazón.

¿Has vuelto por tu pueblo?

Para mis señas, basta mi nombre y el del pueblo y provincia: Miraflores de la Sierra (Madrid). Por aquí estaremos, probablemente, hasta fines de septiembre.

¡Adiós, adiós! Hasta la tuya, te envío un estrecho abrazo.

Vicente. 

BUZÓN DE FANTASMAS SOBRE EL CONTENIDO

SALVADOR NOVO



En el número de junio de 1937, la revista pro-franquista *Lecturas*, que dirigía en México Jesús Guiza y Acevedo, recoge un fragmento de "Del pasado remoto", el largo poema con el que Salvador Novo había iniciado la serie de sus Poemas proletarios (1934). Como el libro había aparecido tres años antes, hay que pensar que Novo eligió ese fragmento formal-

mente autónomo y lo rebautizó como "El Indio", o bien que así lo escribió inicialmente y después decidió incorporarlo a "Del pasado remoto". En todo caso, lo que es interesante es que para la revista mencionada, Novo redactó estos párrafos ácidos y obscenos que ameritan llegar a nuestro buzón, sin timbre, pero con urgencia.

GUILLERMO SHERIDAN

Desde que se ha dado en exigir que la literatura ofrezca un "contenido", cuantos trabajadores manuales e intelectuales —ya es difícil distinguir a primera vista a unos de otros— se sienten capaces de confeccionar un atole legible, se apresuran a depositarlo para fruición y provecho de las masas en el siempre dispuesto jarro de una edición más o menos amplia, y menos que más consumida por un número, inversamente decreciente, de proletarios ávidos de saber. Se cumple así un importante postulado del momento histórico que vivimos, postulado que en los fáciles términos en que se predica, sin el ejemplo, que debe uno dirigirse a las masas, podría formularse con un categórico "pos luego pa qué peleamos". Y el doméstico parnaso de un país como el nuestro, abierto a todas las inquietudes, palpitante de futuro, preñado de esperanzas y muy bien abonado, asume una súbita y floreciente primavera política.

Pero el fenómeno es universal. Si en otros países se publican menos —y menos buenos— libros de versos, es simplemente porque en otros países no han logrado desposar con éxito un sentido poético que es privativo nuestro con un sentimiento de la responsabilidad social que a todos incumbe, que se usa —se utiliza— en todas partes, y que nuestras sedudas lecturas marxistas han arraigado en nuestros poéticos corazones, produciendo a la larga en el huerto el raro milagro de las calabazas injertas de violeta.

En otros países aparecen con mucha frecuencia libros en prosa, destinados a la masa de las gentes que se empeñan en comprar libros y en leerlos. Acá preferimos realizar esa docta y abnegada tarea desde las prietas columnas de los diarios, sin perjuicio de reunir más tarde, en buen volumen, las encendidas elucubraciones que de otro modo habrían acabado sus días en el momento en que con sus trozos selec-

tos se envolvieron cinco de frijol bayo gordo, o en otro momento posterior.

Nota bene: No quiero cerrar esta entrega sin hacer un par de comentarios. El primero, que la carta y el poema de Jaime Torres Bodet que aparecieron en esta columna el pasado mes de agosto me fueron mandados de Bruselas por mi amigo el poeta y editor Pierre-Yves Soucy, director del Centre du Recherche d'Études Poétiques de Bélgica, a quien un lamenta-

ble error me impidió, en su momento, manifestar mi agradecimiento.

Otros: en carta reciente, el profesor Michel Camus, director de Les Éditions Lettres Vives, de París, me envía copia de un largo ensayo titulado "Une autre langue du corps" en el que otorga una mención especial a la carta de Antonin Artaud que esta sección publicó en reciente número de Vuelta y que le ha servido para alegar la certidumbre del viaje de Artaud a la Tarahumara así como para apoyar la hipótesis de que ahí probó el peyote.

LA ANALOGÍA IMPERCEPTIBLE

JAIME MORENO VILLARREAL



Los textos se comunican entre sí. ¿De qué manera? Para conversar, la escritura no necesita de descubridores. Los textos hablan a distancia, se transcriben y traducen sin conocerse. La frase leída ya ha sido leída en otra frase, escrita no se sabe dónde, y el lector no es quien da sentido, pues leer es siempre un accidente. A veces un libro que espera o descansa sobre una mesa de buró y se ilumina de noche, se trenza con un manuscrito perdido en una caja, preñado de hongos en el desván de un templo, en un diálogo que no cesa, aunque el océano esté tendido de por medio, y que acaso sea la causa de ciertos zumbidos y cambios de presión que, al cruzar por ahí, resienten los oídos.

Las lenguas, para los libros, no son asunto humano. Los rasgos de una época, del lugar, de la cultura expresados en sus páginas no son de su competencia; en el intercambio de los libros, los idiomas más ricos y bellos, las familias Garamonda y Bodonía, las capitulares

doradas y miniadas poseen la misma elaboración que los gruñidos y garabatos que se ignoran a sí mismos. No hay comparaciones ni jerarquías. No hay verdaderas ideas, sólo un tránsito terso y parejo de intuiciones, o algo menos, la vibración sucesiva de la sustancia. Por ello, es incluso abusivo hablar de comunicación: ¿sería mejor decir emulación, simpatía, concurrencia entre los textos?, ¿derivaciones del origen?

En las grandes bibliotecas, los libros abandonados encuentran a sus corresponsales corriendo mundo por los estantes, gestando grandes encuentros de los que la masa de usuarios no tiene conciencia. Tal obra se formula en tal otra, que trata de otro asunto; en su desleimiento proclaman la unidad de la gran invención, y nadie se entera. La labor de los lectores, los dedicados, los ávidos, los minuciosos seguidores, es de una mezquindad lastimosa. Andan tras las trazas de una amistad que siempre los aventaja. Verdaderamente no hay nada que

saber, excepto mendigar en los libros su conversación solapada.

Es asunto de secreto. Las palabras cavan lentamente depositando un tesoro. Cualquiera día pasa por ahí un lector escrupuloso, y no entiendo, mientras subraya, medita y toma apuntes, que apenas está rozando el límite. Otro, que lee aún más detenidamente y memoriza, no está dispuesto a afrontar la revelación de esas silenciosas nomenclaturas. Los libros lo confiesan pero no lo llevan a testimoniar. La palabra sigue cavando hasta que desaparece carcomida por la polilla; pero está fresca y sensible en otro libro empolvado, incluso anterior, incluso ya inexistente.

Muchas son las construcciones posibles, pero sólo uno el orden obtuso. Existe repartido por el mundo. Así, puede localizarse en el sitio donde se narra la vida de Judas Iscariote. Hay muy poco en ese relato que sea edificante. Está depositado en un libro conocido, pero no a la vista de todos. Cómo ocultar mejor el oprobio que dándolo a leer. Esa historia, desde el rincón, mantiene incesante correspondencia con muchos pasajes y libros, en primera instancia con *Hechos de los Apóstoles*, 1: 21-26. Discute secretamente un problema doctrinal: ya que es imposible dejar fuera a Judas del número de los apóstoles, hubo que insertar su vida en la vida de Matías, el apóstol elegido para ocupar el lugar del traidor y atestiguar la resurrección de Jesucristo. Matías se une a los once como complemento, porque al multiplicar el número de la Santísima Trinidad por las cuatro partes del mundo en que la doctrina relativa al uno trino debía predicarse, se obtiene el doce; y el duodécimo apóstol, encargado de llevar esa nueva a Judea, a Capadocia y al mar Caspio, no podía dejar de estar presente.

Es así que la vida de Judas Iscariote —que, aunque tuvo lugar entre las vidas de los apóstoles, no tenía cabida— quedó injertada en

Matías, en el libro áureo de Santiago de la Vorágine. Es el relato de cómo, luego de un vaticinio ominoso, cuando recién nacido, Judas fue arrojado por sus padres al mar en una espuerta, y arribó a una isla llamada Iscarioth, donde fue adoptado por los reyes del lugar. Ahí comete su primer crimen, le quita la vida a su "hermano". Luego, de vuelta a Jerusalén, entra al servicio de Pilatos. Por un capricho de éste, entra a robar en un huerto que pertenece a su verdadero padre, a quien asesina sin conocerlo. Por mandato de Pilatos desposa a la viuda del muerto. Al revelársele la verdad, por el relato que le hace su esposa de un hijo que echó al mar, arrepentido, Judas busca al predicador Jesús que perdona los pecados. Este relato inquieta al mundo, aunque se le haya ocultado en el meollo de lo escrito; su progresión está en su anterioridad, en la prioridad de la sustancia sobre el accidente. Santiago de la Vorágine des-acredita esta vida de Judas, afirmando que la tomó de una historia apócrifa. La verdad es que la historia estaba ahí; aunque nadie la hubiera trasladado esa vida ya se aproximaba al libro.

¿De qué nos sirve la relatividad de las lenguas? ¿Hace falta saber que la lengua árabe tiene quinientos vocablos para designar al león, mil para designar la espada, y cinco mil setecientos cuarenta y cuatro para designar al camello? El arte de darle nombre a las cosas no produce verdadera confusión en el orden del universo, porque el accidente es metafísicamente secundario. Un día la palabra se va, pero la trama secreta subsiste. Judas Iscariote, como se sabe, traicionará a Jesús a cambio de treinta monedas, y se dará fin colgándose de un árbol. Es algo que se ha oído tantas veces, pero que importa sólo en su elaboración silenciosa.

Del silencio no habría más que decir, salvo que en él se alternan los textos y extienden las contingencias. Hay un manuscrito morisco

del año 1031 de la Hégira que alterna insistentemente con esa vida de Judas Iscariote. Lleva el número 9067 de la Biblioteca Nacional de Madrid. Aparentemente, se trata sólo de una diatriba en contra de la doctrina cristiana. Explica cómo el propio Cristo desmintió ser Dios, y de qué manera los milagros que realizó son equiparables o están por debajo de los realizados por otros profetas. Luego, arremete contra las ordenanzas y nuevas doctrinas introducidas por los papas. Pero repentinamente, al pasar de un folio a otro, el discurso se interrumpe e irrumpe en él una historia oculta. Es la historia del rey Jesús o Jusús, nativo de Damasco, un pecador que murió en lugar de Cristo.

¿Es necesario recordar aquí las vindicaciones que han hecho de Judas Iscariote quienes reconocen un instrumento de Dios y no a un traidor en él; al guía de Jesucristo rumbo a la redención de los hombres? Todo ello comunica con una tradición islámica que designa con el nombre de Judas al hombre que murió verdaderamente en la cruz, pues Cristo —según el Corán— ascendió directamente al cielo. Judas, el pecador, fue supliciado en lugar de su maestro.

La variedad de las escrituras y los escritos compensa la carencia constitutiva de las lenguas. Sucintamente, la historia del manuscrito morisco cuenta que la hija del rey Jajú de Damasco procreó con un criado un niño, Jesús, al que ella envió lejos de allí con un haya. Cuando hubo crecido, el niño, que mostraba ser muy inteligente, pidió al haya, a quien creta su madre, que lo dejara marchar para continuar sus estudios. Arribó a Damasco, donde fue admitido en el palacio de Jajú. El rey estimó su talento, lo acogió a su lado y lo casó con su hija. Al morir Jajú, Jesús heredó el reino según el rito mosaico. Jesús manda avisar a su haya de lo acontecido. Ella llega a Damasco y lo ve casado con su verdadera madre. Je-

sús se recluye en penitencia para remediar el pecado. Al oír de la fama del "Ebanjélico Mesías Cristo" que predicaba por ese tiempo, Jesús deja Damasco y se le une. Cristo lo acepta y reconoce en Jesús al hombre que morirá por él en la cruz. El rey Jesús se ofrece al suplicio para reparar su culpa, y así "abiendo sido Jesús propuesto a tan gran gozo, sufrió la cruz, menosprezando la vergüenza".

Según otras tradiciones islámicas, quien murió en la cruz pudo ser san Pedro, o incluso el jefe de la patrulla romana que arrestó a Iça —el nombre árabe del Jesús cristiano. Iça vive junto a Dios y volverá a la tierra al final de los tiempos, llegará a Medina, entrará a la hora de la oración en la Gran Mezquita, renegará de los cristianos y morirá como musulmán. Todo está escrito en el diálogo de los libros.

La analogía debe ser imperceptible. Caminar por los largos corredores de las estanterías no es necesario ni contingente. En el momento del intercambio de los textos, no hay nada que exhibir, nada que pregonar, nada que confesar. En la noche,

al cerrar los libros y apagar las lámparas, nadie puede creer que haya sido de verdad testigo. Pero el mundo no es exterior al sueño, y la frase inmensa que reúne a ambos aún se sigue encadenando. ¿Obedecemos a un orden como los sujetos de un predicado? Según Prisciano, el orden exige que el nombre vaya antes del verbo, pues la acción es solamente un accidente de la sustancia. Y la sustancia, así lo hemos creído, es el nombre.

FUENTES

Santiago de la Vorágine, *La leyenda dorada*, Madrid, Alianza Forma, 1984, t. I, pp. 180 y sigs.

"Sobre la falsedad de la religión cristiana y la Historia del rey Jesús o Jesús", en Antonio Vespertino Rodríguez, *Leyendas aljamiadas y moriscas sobre personajes bíblicos*, Madrid, Gredos, 1983, pp. 333-334. (Col. CLE-AM, 6)

La cita de Prisciano está tomada de Gérard Genette, *Mimologiques. Voyage en Cratylle*, Paris, Seuil, 1976 p. 185. ■

PAISAJE DE LA CIENCIA

LA EVOLUCIÓN Y SUS METÁFORAS

CARLOS CHIMAL

La cosmología es un asunto tan antiguo como el pensamiento. Pero sólo en el último siglo ha adquirido una base empírica real y apenas en los últimos años se han acumulado datos suficientes para ampliar el panorama de los diversos modelos cosmogónicos. Las preguntas son conocidas: ¿Cómo fue en el principio y cómo será en adelante? ¿Las leyes físicas son iguales en todo

tiempo y lugar del Universo? ¿Qué secretos de la naturaleza se esconden "detrás" de lo liviano, de neutrinos y axiones? ¿Hay un "fenotipo" del Universo? ¿Los hoyos negros y la materia oscura juegan un papel decisivo en nuestro destino?

La idea del surgimiento gradual, a veces repentino y azaroso de la complejidad tiene analogías muy arraigadas en la geofísica y en la biología, de las cuales nos ocupare-

mos en otra entrega, con motivo de la reapertura de la Gran Galería de la Evolución en el Jardín Botánico de París. Cosmólogos destacados como Martin Rees, Profesor Plumian de Astronomía y Filosofía Experimental en la U. de Cambridge entre 1973 y 1991; miembro de la Sociedad Real y uno de los cosmólogos que han contribuido en forma destacada al estudio de las galaxias, los confines del universo y la naturaleza de los hoyos negros y cuasares, han aplicado la metáfora evolutiva al Universo. Para ellos, el universo, la "sopa primitiva y caldeada", es una presencia real conformada por una cierta clase de materia oscura y "fría", que se extiende hacia donde miremos a una temperatura similar, otra materia oscura y "caliente" (como los neutrinos que cruzan la Tierra de vez en cuando), más todo el material luminoso (alrededor del 10%) que forman los gases, estrellas y planetas, galaxias y cúmulos globulares. Hay hechos correspondientes, ya se trate de los confines del Universo, "flanqueado" por hoyos de evaporación y otros más negros, o de las regiones cuánticas, donde las zonas prohibidas comienzan en masas menores a los 10^{-3} gramos y distancias de 10^{-33} cm, y está también, forzadamente, el principio antrópico. De cualquier manera, en el cosmos, más allá del límite de Chandra (10^{60}) se pierde el Universo observable.

"Si llegamos a descubrir la naturaleza de la materia oscura, ahora que conocemos mejor la geometría del universo, entonces podremos crear modelos más factibles de su evolución", nos dice Carlos S. Frenk, astrofísico mexicano afinado en Durham, Inglaterra, uno de los más lúcidos intérpretes de la astrofísica que sustenta la cosmología actual. A falta de mayor diferenciación (o especiación, como les gusta a los viejos darwinistas) "sólo podemos confiar en aplicar las leyes físicas más sencillas, a las que, gracias

al cielo, Einstein se encargó de agregar unas cuantas fórmulas", continúa Frenk, "así que las diferencias entre la energía cinética (asociada al movimiento y órbitas de los cuerpos celestes) y la energía gravitacional (asociada a la cantidad de materia luminosa, visible y que ha sido detectada hasta ahora por los telescopios) mostraron que debe existir otro material, oscuro y 'frío', de origen aún desconocido, que puebla el universo y debe representar cerca del 90% de la materia que falta".

Algo falta por ver. ¿Cuáles son los escenarios posibles? "Tres", responde Frenk, "tres geometrías que están íntimamente relacionadas con la densidad de materia que hay en el universo. La primera de ellas supone un universo en el que la energía cinética de la materia es menor que la energía gravitacional; se trata de un mundo cerrado en donde no hay la suficiente energía cinética de expansión. Alcanza un radio máximo, se contrae y colapsa. El caso opuesto es un universo en el que domina la energía cinética; aquí la energía gravitacional es escasa; este universo se expande conforme cruza el infinito y, mientras tanto, se enfría, es un universo muy aburrido. La primera es una esfera, dada una fatal exacerbación gravitacional; la segunda es abierta. Hay un caso intermedio, de geometría plana, en el que la energía cinética y gravitacional están en equilibrio; es un universo que no sabe si contraerse o expandirse y permanece ahí, en un movimiento perpetuo".

Cuando alguien quiere referirse al origen, naturaleza y destino del Universo deduce muy a menudo: conforme sabemos más, nuestro mundo se hace cada vez más pequeño e insignificante. ¿Cree que la vida es un raro accidente, pregunté al profesor Martin Rees, y que está condenada a ser un evento cósmico trivial antes del Gran Apretujón, si es que hacia eso se inclina finalmente el fiel de la balanza? ¿O con-

seguirán nuestros descendientes, reales o metafóricos, como deseaba Freeman Dyson,¹ sobrevivir en un futuro infinito?

M.R.: Algunas personas reaccionan poniendo un énfasis exagerado en un universo obtuso, sin sentido. Incluso no entiendo qué quieren decir cuando afirman que el universo *deba tener* un "objetivo". Responden así porque consideran que la vida y la inteligencia parecen insignificantes frente a la inmensidad del universo. Se equivocan por dos razones. Si hay vida extraterrestre, cosa que es muy probable y es algo que nos encantaría descubrir, podemos dejar de comportarnos como si fuésemos la culminación de la evolución, suponiendo que después no habrá nada más. Pero si no es así, si la vida es la experiencia única en el único de los mundos posibles, entonces no estaríamos más que en el comienzo, lo cual nos ofrece la oportunidad de que la vida adquiera significado cósmico.

C.Ch.: ¿Y si el universo empieza a contraerse?

M.R.: De cualquier forma, estaría mucho menos a la mitad de su curso y le tomaría una expansión infinita llegar hasta nosotros. Es de esperarse que si la diversidad biológica sólo pertenece a la Tierra, terminará diseminándose por las galaxias. Tal vez entonces la vida deje de ser considerada algo insignificante frente al cosmos y siga poblando otros mundos, mientras las coincidencias que dan cuerpo al principio antrópico y la evolución continúan su marcha.

C.Ch.: ¿Puede hablarnos de estas coincidencias? ¿Hubo, por ejemplo, desde el principio "semillas" de estructura cósmica, regiones con una densidad ligeramente mayor que el resto?

M.R.: Debí ser así, regiones que se rezagaron durante la expansión del resto hasta que finalmente se condensaron en galaxias, cúmulos y supercúmulos globulares. Estas regiones más densas habrían de-

jado su "huella" en la radiación primordial: los fotones se enfriaron un poco más al escapar de la atracción gravitacional de un cúmulo estelar incipiente. Por el contrario, la radiación de un hueco apenas formado sería ligeramente más caliente que el promedio cuando llegara hasta nosotros.

C.Ch.: ¿Podría mencionarnos los problemas de la cosmología en esta "edad de oro", como la llama *Scientific American* en un artículo de julio de 1992, a propósito de los datos enviados por COBE sobre los restos fósiles en el universo?

M.R.: Carecemos de una adecuada teoría gravitacional cuántica, de manera que el estudio de las condiciones iniciales, las fluctuaciones y las transiciones de fase nos tomará buena parte del tiempo. Las condiciones "planas" enseguida del Gran Estallido (10^{-43} seg.) y de isotropía (dado que la temperatura de la radiación de fondo es la misma en cualquier parte del universo), la proporción entre bariones (todos los protones y neutrones) y fotones, así como mayores detalles sobre el fenómeno de fluctuaciones son algunos temas que tendrán que esperar una física de altísimas energías. Creo, no obstante, que los experimentos que se llevan a cabo en la actualidad para la detección de neutrinos y axiones aportarán observaciones interesantes, así que si usted viene dentro de cinco años a visitarme, podré darle una idea mucho más clara de lo que esto significa.

C.Ch.: Otras coincidencias en este mundo propicio son el grupo de constantes físicas universales y la ineludible "flecha del tiempo". ¿Por qué no es posible recordar el futuro? ¿Hay mundos paralelos?

M.R.: Esta conjetura expresada en los años 60 por Thomas Gold y otros teóricos sobre la posibilidad de recordar el futuro, y retomada seriamente por Stephen Hawking en los 80, es improbable. Hawking demostró que un hoyo negro po-

see entropía y que el área de la superficie del hoyo es una medida de dicha entropía. Si ésta sólo puede aumentar, significa que un hoyo negro sólo puede ser más y más grande (excepto cuando se evapora, un proceso cuántico que en sí mismo genera entropía). Si el universo está cerrado y forma un equivalente tridimensional a una esfera, entonces lo que tenemos es un hoyo negro visto desde su interior. Si el universo se halla destinado a suspender un día su expansión y recolapsar, eso quiere decir que llegará el momento en que el "área" del "hoyo negro" se apretujará. La entropía disminuiría y la segunda ley de la termodinámica, sobre la que también se fundamenta la física, se derrumbaría en regiones del espacio y el tiempo tan normales como las que existen hoy en el universo.

Una forma de evitar este dilema la sugirió Roger Penrose al relacionar las diferencias entre la dinámica del universo en el Gran Estallido y en un supuesto Gran Apretujón. Por razones que aún desconocemos, el universo apareció en un estado sumamente uniforme durante el estallido inicial, mientras que en el gran apretujón las cosas serían más bien caóticas, irregulares y asincrónicas. Hay, pues, una ley, que nadie ha formulado, según la cual las singularidades del pasado son siempre estructuras más simples que las singularidades en el futuro. La diversidad microbiana, la evolución de las formas aeróbicas, la coincidencia de condiciones sutiles (la relación entre la Tierra y el Sol, la curiosa asociación cuasi biplanetaria de la Tierra con la Luna y otras más), así como la muerte estelar son prueba de que el tiempo

tiene un solo sentido. En cuanto a la posibilidad de los mundos paralelos (pensaría, en todo caso en mundos perpendiculares³) es divertida y puede ofrecer ricas alegorías a los novelistas sobre nuestra propia condición humana, pero no es factible, al menos no en nuestra galaxia⁴.

NOTAS

¹ "Time Without End: Physics and Biology in an Open Universe", *Review of Modern Physics* (1979). La escatología puede consultarse en diversos libros de fácil lectura, entre ellos los de John Gribbin (*En busca del Big Bang*, 1986, y *El punto Omega*, 1988), así como en *The Stuff of the Universe* (Gribbin y Rees, 1990).

² Véase *The Stuff of the Universe*.

³ Véase J. Gribbin, *En busca del gato de Schrödinger* (1984).

⁴ Quien desee abundar en los argumentos del Prof. Rees sobre este asunto puede encontrarlos también en *The Stuff of the Universe*. ■



El templo del dios Pan en el Desierto de Retz